

## II.

La *rima*, han observado algunos doctos orientalistas, es conatural á la poesía hebrea y tan antigua en ella como el *metro*; y esta proposición, que acaso pudo parecer en algun tiempo aventurada, ha tomado grande autoridad con los estudios hechos recientemente sobre la escritura y lenguaje de los profetas.

Desde que Mr. Fourmont escribió su erudita memoria sobre el arte poética y los versos de los antiguos hebreos <sup>1</sup>, resolviendo de una manera concluyente las dudas manifestadas por los eruditos respecto de la existencia de la *rima* en los libros sagrados, aplicáronse aquellos con mayor empeño á la investigación y exámen de esta cuestión importante, llegando á recoger de tales vigilias no escaso ni despreciable fruto. Mr. Contant de la Molette en Francia <sup>2</sup>, y Antonio Mussi en Italia <sup>3</sup>, secundaron pues con laudable éxito los esfuerzos de Mr. Fourmont, y los no menos dignos del celebrado Roberto Low <sup>4</sup>; y penetrando con animosa planta en los misterios de la poesía hebrea, no dejaron ya duda alguna de que fué la *rima* uno de sus característicos ornamentos. Cualquiera que se halle iniciado en el conocimiento de aquella lengua tan vigorosa y elíptica como dulce y apacible, sabrá apreciar en efecto los esmerados trabajos de estos respetables filólogos: segun ellos, tanto en los *libros de Job* como en las *Profecias* y en los *Salmos* abundan los versos rimados. Pero sin perder de vista los numerosos egemplos que presentan, todavía podemos añadir nosotros nuevos fundamentos á la opinion arriba indicada de que la *rima* es tan antigua como el *metro*. El primer vestigio de poesía que los libros sagrados ofrecen, se encuentra en el capítulo IV del *Génesis* y aparece ya adornado de la *rima*. Lamech, desvanecido acaso, segun observa el enten-

<sup>1</sup> *Mem. de la Acad. des Inscip. et belles lettr.*, tomo IV, pág. 147.

<sup>2</sup> *Traité sur la poesie et la musique des hebreux*, Paris, 1781.

<sup>3</sup> *Dissemo de lizione diserche su la lingua hebraica*, 1792.

<sup>4</sup> *De Sacra Poesi hebraeorum*.

dido Herder <sup>1</sup>, por el triunfo alcanzado con el auxilio del hierro que habia usado el primero de los hombres, ó ya pesaroso de los efectos que el mismo hierro habia producido, se dirige á sus mujeres del siguiente modo:

עדה וצלה שמעו קולי  
נשו למה האזנה אמרתי  
כי איש הרגתי לפעני  
וילד לחברתי

Esta especie de invocación, que está manifestando la existencia de un himno ú otro poema, conservado tradicionalmente por el pueblo hebreo hasta la época de Moisés, en que se incrusta, digámoslo así, en la narración histórica <sup>2</sup>, no deja en nuestro juicio duda alguna de cuanto vamos exponiendo. Mas no sólo advertimos en este pasaje del *Génesis* que fué en aquellos remotísimos tiempos empleada la *rima* como una de las galas de la poesía hebraica: notamos en él al mismo tiempo que se propendió desde luego al *monorimo*, forma especial de todas las poesías primitivas y en alto grado característica de las orientales.—Muchos pasajes de los *Salmos* podríamos tambien citar en apoyo de este aserto: bastarían sin embargo el siguiente, tomado del CIV de la Biblia Hebrea, CIII de la Vulgata, en el cual se pinta con brillantísimo colorido la sublime munificencia de Dios:

כלם אליך ישברון  
רתת אכלם בעתו:

<sup>1</sup> *Hist. de la poesia hebrea*.

<sup>2</sup> Hé aquí lo que sucede tambien con los primeros monumentos de la poesía española. Segun indicamos ya (pág. 192) y tendremos ocasion de explicar oportunamente, son los cantos populares el primer fundamento de la historia, ya sirviendo de apoyo á la narración, ya constituyendo, aunque desfigurados y acomodados por los cronistas, la narración misma. Tales son pues los elementos que en todos los pueblos se han congregado para desarrollar su progresiva cultura.

תָּתֵן לָהֶם יִלְקָטוּן  
 תִּפְתַּח יָדְךָ יִשְׁבְּעוּן...  
 תִּסְתִּיר פְּנִיךָ וּבְהִלּוּן  
 תִּסַּף רוּחָם וְיִזְעוּן  
 וְאַל־עַפְרָם יִשׁוּבוּן:  
 תִּשְׁלַח רוּחְךָ יִבְרָאוּן  
 וְתַחֲדַשׁ פְּנֵי אֲדָמָה: 1

Mas no se crea que es esta la única forma en que aparece la *rima* en los sagrados libros: son tantas y tan diversas las combinaciones que de ella encontramos, y empleáronla los hebreos con tanta libertad, que no sin razon ha asentado uno de los más entendidos hebraístas contemporáneos, al quilatar este ornato de la poesía bíblica, que si bien es incontestable su cadencia para todo oído medianamente organizado, no puede designarse su correspondencia con la seguridad y fijeza que en las modernas literaturas<sup>2</sup>. Usáronla á veces en versos ó periodos tan cortos y desiguales, que hallamos con frecuencia una estancia entera traducida en un versículo de la Vulgata. Isaias decia en su cap. XXIV, vers. III:

הַבּוֹק  
 תְּבוֹק

1 La traducción de estos versos, conformándonos en lo posible con la verdad hebráica, es la siguiente:

Todos de tí, Señor!... todos esperan  
 Que benéfico envíes el sustento;  
 Y tus altos decretos, no se alteran!...  
 Les das, cobran aliento;  
 Abres tus largas manos  
 Y se hartan de tus bienes soberanos.  
 Encubres tu semblante y se estremecen  
 Y giran en el antro conturbados!...  
 Su espíritu recoges, y perecen  
 A su polvo tornados!...  
 Mas si tu soplo envías,  
 Viven, y el ancha tierra á nuevos días.

2 García Blanco, en su דקדוק, tomo II, trat. IV, núm. 249.

הָאָרֶץ  
 וְהַבּוֹד  
 תְּבוֹד

Y lo mismo se observa en el salmo XXXIV de la Biblia hebrea, vers. XIV:

נִצַּר לְשׁוֹנֵךְ  
 מִרַע  
 וּשְׁפָתֶיךָ  
 מִדְּבַר מְרִמָּה

Muchos egemplos análogos podriamos citar fácilmente; pues abundan en los Sagrados Libros semejantes estrofas. Los hebreos colocaron la *rima* otras veces en versos de mayor número de sílabas (donde críticos menos circunspectos que nosotros podrian tal vez encontrar el origen de nuestros versos octosílabos); y dispusiéronla de tal modo, que dista bien poco de la redondilla castellana: tal sucede en la magnífica invocacion del salmo CIV, que dejamos ya citado, donde leemos:

בְּרַכֵּי נַפְשֵׁי אֱתֵי יְהוָה  
 יְהוָה אֱלֹהֵי גְדֻלַּת  
 מֵאֵד הוֹד וְהַדָּר לְבִשְׁת  
 עֵפֶה אֹר כְּשִׁלְמָה:

Pero lo más digno de notarse es la analogía que se encuentra entre la estructura de estos versos (por más que no se hayan podido todavía fijar todos sus caracteres), y la de los escritos por los rabinos de la edad-media: respecto de los dos primeros versos que arriba trascribimos del capítulo IV del *Genesis*, no puede ser mayor su semejanza con los empleados por Aben-Hezra en su *Poema del Ajedrez*, tanto en el número de sílabas como en la cadencia y disposicion de la *rima*. Esto prueba, en nuestro con-

cepto, la fuerza incontrastable de la tradición en un pueblo, donde la religión y el culto debían á aquella todo su esplendor y pureza. Compárense, pues, los siguientes versos del mencionado rabino español con los del canto de Lamech ya copiados:

ואדם יהיה אותם רגושים  
דמה כי אדומים הם וכושים  
וכושים בקרב פשמו ידהים  
אדומים יצאו אל אהרהים

Cuya traducción artística y gramatical hicimos antes de ahora del siguiente modo:

Tal vez quien revueltos | los dos campos vea,  
Que son idumeos | y cuseos, crea:  
Menean cuseos | en guerra sus manos,  
Y en pos idumeos | se ostentan lozanos <sup>1</sup>.

Inútil nos parece el detenernos á exponer otras pruebas: de las presentadas se deduce naturalmente, que siendo la poesía hebráica, la más antigua de cuantas conocemos, y apareciendo en ella la *ríma* desde sus primeros albores, no sin fundamento se le ha señalado la misma antigüedad que al metro.

La poesía hebrea influye y se derrama entre los demás pueblos orientales como influye y se derrama aquella lengua, madre común de todas las semíticas. Los moradores de una y otra orilla del Ganges, los fenicios, los siros, los persas y los árabes emplearon todos la *ríma* á imitación de los hebreos; conservando por medio de la poesía su religión, sus leyes, sus costumbres, y las historias de sus príncipes y sus magos. Sin apartarnos de los Sagrados Libros, encontramos ya en el de *Job*, donde creyó descubrir San Gerónimo los versos exámetros greco-latinos <sup>2</sup>, demos-

<sup>1</sup> *Estud. hist. polít. y lit. sobre los judíos de España*, Ens. II. Cap. II.

<sup>2</sup> De esta manera se expresa el santo en el prefacio del *Libro de Job*: «Porro a verbis Iob in quibus ait: *Pereat dies...* exametri versus sunt dactylo, spondeoque currentes: et propter linguae idioma crebo recipientes et alios pedes, non eorumdem temporum. Interdum quoque rithmus dulcis et tinnulus fertur numeris lege metri solutis.»

trada la exactitud de este aserto. Júzgase generalmente que fué aquel libro escrito en lengua arábica ó siriaca; y aunque no ha sido posible averiguar ni el tiempo en que fué compuesto, ni quién lo tradujo, es indudable que así su lengua como su poesía y rimas tuvieron origen en la lengua hebrea, primitiva de los patriarcas <sup>1</sup>.

Estas consideraciones nos llevan por la mano á comprender cómo debiendo á la hebrea su formación y perfeccionamiento la lengua y literatura arábicas, no podía menos de ostentar la poesía de este pueblo los mismos caracteres que brillaron desde sus primeros días en aquella. Sin detenernos aquí á mencionar cuanto dicen los historiadores que han procurado investigar tan importante materia, será bien recordar que los árabes, nación errante y dada en su cuna al pastoreo y vida de la cabaña, hubieron de consignar los avisos de la experiencia de sus ancianos de una manera fácil de conservarse en la memoria y trasmitirse de edad en edad, valiéndose para alcanzarlo de la poesía, elemento altamente civilizador en todos los tiempos y latitudes. Así comienzan á formularse entre ellos las ciencias astronómicas, así se consignan las primeras nociones de la medicina, y así por último fijan la moral y la religión sus enseñanzas. Más tarde, cuando saboreados ya algún tanto por estos pueblos los placeres de la civilización, son llamados por Mahoma á imponer el yugo de sus armas y de sus creencias á las antiguas naciones de Asia, África y Europa; cuando logra reunir aquel mentido profeta bajo un mismo centro el imperio de la religión y de la política, distingúense ya numerosos cultivadores de la poesía, cuyas obras eran públicamente coronadas y conservadas en los templos, como venerandas reliquias. Famosos son en efecto en la historia de las letras los siete poemas que halló Mahoma colgados en la Meca, cual dignos trofeos del ingenio; siendo también constante que todos estos monumentos aparecían enriquecidos por el ornato de las *rimas*. Iguales caracteres presentó en consecuencia el libro, en que este renombrado impostor recogía su doctrina: destinado el

<sup>1</sup> Sarmiento, *Memorias para la Historia de la Poesía*, trat. IV, págs. 64 y 65.

Koram á ser recitado día y noche por los que abrazaran la nueva creencia, adoptó en él Mahoma las formas tradicionales de la poesía, tal como fué de antiguo cultivada por su pueblo, canonizándolas en cierta manera y trasmitiéndolas á los siglos futuros.

Enriquecidos sus sucesores, no obstante, con los despojos del Oriente, y acaudalados con las conquistas hechas por ellos sobre las demás naciones <sup>1</sup>; lleváronse las formas poéticas á un grado de sorprendente complicacion artistica; y sometidas á multiplicadas, bien que invariables leyes, mostraron que se hallaban ya á larga distancia de su cuna. Tales las encontró sin duda el docto Jalil-Enb-Ahmed-el-Farahidi, que ilustra la córte de Arun-al-Raschid, segun oportunamente observamos <sup>2</sup>; y no en otro estado se encontraban, cuando aplacado el primer furor de la conquista, comenzaron á brotar en el suelo de España las flores de la poesía árabe. No es de este lugar el hacer ostentosa muestra de los ingenios que, siguiendo el arte de Jalil, honraron en España la musa del desierto: Abul-Walid-enb-Alkortobí y Ozman-ben-Rabiah-al-Andalusí consignaban, sin embargo, á principios del siglo X (922) en dos diferentes historias de los poetas arábico-hispanos, que era ya en dicho tiempo muy crecido el número de estos; y los historiadores cristianos que escribieron en más cercanos días <sup>3</sup> nos manifiestan de una manera palmaria que no se apagó en nuestro suelo, si bien hubo de modificarse notablemente, el genio poético de los descendientes de Mahoma.

No es para nosotros un misterio la forma en que aspira la civilizacion arábica á imponer en Córdoba su yugo á la raza mozárabe, obedeciendo los intentos de la política de los Califas, inaugurada por Abd-er-Rhaman, asegurado este ya en el trono <sup>4</sup>. Tam-

<sup>1</sup> Véase el cap. XI.

<sup>2</sup> Cap. XII, pág. 80, etc.

<sup>3</sup> Casiri, *Biblioth. Hisp.-arabica*; Hammer Purgstall, *Historia de la literatura árabe*. Como indicamos en la Introducción se esperan ya por los amantes de las letras los *Estudios críticos y literarios sobre los árabes de España*, que tiene anunciados el profesor de literatura de Granada, nuestro amado discípulo, don Francisco Fernandez y Gonzalez.

<sup>4</sup> Véanse los caps. XI y XII.

poco desconocemos los estragos que semejante propósito llega á producir en la juventud cristiana, arrancada violentamente al hogar paterno, para ser educada en las escuelas mahometanas. Pero si al escuchar los lamentos de Álvaro Cordobés y al recorrer las páginas dolorosamente célebres de San Eulogio, nos es dado comprender el punto adonde se enderezaba la política sarracena y el camino que llevaba esta hecho, al recibir la muerte el fogoso discípulo de Esperaindeo,—tambien nos muestra la historia del martirio la reaccion profunda consumada en los mozárabes á mediados del siglo IX; reaccion que hace ineficaz toda influencia en la masa inteligente y noble de aquellos moradores.

No acometeremos, sin embargo, la vana empresa de sacar al pueblo cristiano que gime en el cautiverio de Córdoba, limpio de toda influencia sarracena, ni tratándose de los orígenes de las formas poéticas, podremos olvidar tampoco el testimonio del referido Álvaro, quien declara en las últimas líneas, hoy existentes, del *Indículo luminoso*, en su lugar correspondiente examinado <sup>1</sup>, que era el comun de sus jóvenes compatriotas diestro en el uso de la *metrificacion* y de las *rimas* arábicas <sup>2</sup>. Mas luego que, siguiendo el curso de los desastrosos acontecimientos que arrastran á su total ruina aquella grey desventurada, nos advierte la historia que esa misma influencia quedó encerrada y circunscrita á los muros de Córdoba, y que cuando á principios del siglo XII pudo propagarse al territorio independiente de los cristianos, tenían estos formadas ya sus lenguas romances, guardando en sus monumentos históricos la memoria de sus cantos populares <sup>3</sup>, natural y lógico nos parece el asegurar que no fué la poesía de los maho-

<sup>1</sup> Véase el cap. XII.

<sup>2</sup> Álvaro Cordobés decía, despues de lamentar el estrago que hizo en la juventud mozárabe la forzada imitacion y aprendizaje de la literatura sarracena: «Ita ut metrice eruditiori ab ipsis gentibus carmine et sublimiori pulchritudine, *fnales clausulas* unius litterae coarctatione decorent, et iuxta quod linguae ipsius requirit idioma, quae omnes vocales apices commata claudit et cola, rythmice, imo uti ipsis competit, metrice universi alphabeti litterae per varias dictiones plurimas variantes uno fine constringuntur, vel simili apice» (*España Sagrada*, tomo XI, pág. 275).

<sup>3</sup> Véase el cap. XIV.

metanos tan influyente como se ha pretendido en el nacimiento de las formas de las vulgares, si ya no pudiera sustentarse con buena fortuna que nada le debieron estas en los primeros días de su existencia.

Mayor pudo sin duda ser el efecto de la literatura y poesía hebraicas en los cristianos independientes, como que era en verdad más inmediato el contacto y roce de ambos pueblos. Ya antes de ahora hemos manifestado que establecido en Persia el Senado rabínico, después de la ruina de Jerusalem y dispersion de los judíos, fueron creadas las célebres Academias de Mehasiáh y Pumbeditáh, adonde enviaron los que habían tomado asiento en la Península Ibérica sus propios hijos, á fin de que se instruyesen en la ciencia talmúdica <sup>1</sup>. Las persecuciones de que fueron víctimas los hebreos en aquellas partes del Oriente, hubieron al cabo de obligarlos á buscar nuevo asilo, donde guardar el depósito de sus venerandas tradiciones; y llamados del poderío y prosperidad de los árabes andaluces, trasladaron á Córdoba los restos de sus respetadas Academias por los años de 948.

Mas aunque desde esta época fuese España depositaria de las tradiciones rabínicas; aunque las decisiones religiosas de las *Yeshiboth* de Córdoba obligaran é ilustraran igualmente á los hebreos de los dominios árabes y cristianos, justo parece observar con los más doctos escritores que han tocado esta materia, que no habiendo dado los judíos españoles hasta mediados del siglo XI claro testimonio de que renacia entre ellos el amor á ciencias y letras, no era tampoco imaginable el que pudieran tener influencia en los cristianos respecto de este punto, antes de dicho tiempo. Cuando siguiendo la triste suerte que los cobija en todas partes, cultivan en Córdoba las letras profanas, y contribuyen con los tesoros de su lengua al desarrollo de la arábica, existían en el suelo independiente de Leon y Castilla, de Aragon y Navarra, de Galicia y Cataluña las *hablas ó romances vulgares*, que pugnaban ya por hacerse lenguas literarias, y que acaudaladas de ciertas formas poéticas acariciadas por el pueblo, debían rechazar naturalmente toda influencia contraria á las leyes de su existencia, al as-

<sup>1</sup> *Est. hist., pol. y lit. sobre los judíos de Esp.*, Introduccion, pág. XIV.

pirar á tan señalado triunfo. Ciertamente es que en el expresado siglo florecen poetas hebreos que como Rabí Isahák ben Reuben, Rabí Selemóh-ben Gabirol y Rabí Mosséh Aben Hezra conquistaron con su *Coleccion de Rubíes*, sus *Exhortaciones* y su *Patio del Aroma* <sup>1</sup> el título envidiable de clarísimos ingenios; cierto que más adelante adquieren igual celebridad Abraham ben Mair aben Hezra, Mosséh ben Mayemon y Jehudáh Leví ben Saul, cuyas *rimas* ponían los rabinos de más cercanos días sobre sus cabezas; pero también lo es que sus obras no pudieron en modo alguno ser conocidas, ni menos apreciadas, de los que á fines del siglo XI y principios del XII se aplicaban, sin otro estudio ni arte más que el de la inspiracion y del sentimiento, á dotar á su patria de una poesía tan espontánea y libre como la inspiracion y el sentimiento que le daban vida.

No fué, no pudo ser en consecuencia tan decisiva como se ha juzgado la influencia de la *metrificación* y de las *rimas* orientales en el nacimiento y desarrollo de las formas poéticas de la literatura española, tales como las hallamos en los primeros monumentos poéticos que han llegado á la edad moderna. Esa influencia, que se ha presentado más bien que analizado, sólo debe reconocerse en otros momentos y otras circunstancias, pues que tan grande es la necesidad en que se ha puesto la crítica de reconocerla y proclamarla. Las literaturas orientales (ya lo dejamos asentado) hacen gala en la metrificación, con que revisten su poesía, del atavío de las *rimas*; mas no porque se confiese esta verdad ha de contraerse el compromiso de deducir inmediatamente que impusieron *rimas* y *metrificación* á las literaturas vulgares, y muy especialmente á la española. Las fuentes del arte verdaderamente popular, aunque ya escrito, deben buscarse en otro más fecundo terreno.

### III.

En efecto: sólo volviendo la vista á los estudios que llevamos hechos en este volumen, es dable enlazar de una manera indes-

<sup>1</sup> *Est. hist., pol. y lit. sobre los judíos de España*, Ens. II, cap. I.